

como una despreciable vanidad; todo puesto encumbrado como un peligroso precipicio, en donde es poco menos que inevitable el riesgo; toda dignidad como una sombra ó una apariencia en donde los provechos son aparentes, y los daños ciertos y verdaderos; y últimamente, como una carga de responsabilidad de que se te ha de pedir cuenta, y en que el menor descuido puede costarte la salvacion. Si te persuades á esto, y lo tuvieres presente todos los dias de tu vida, te aseguro en nombre de Dios que será muy difícil que llegues á ser ambicioso.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN JUAN CAPISTRANO, CONFESOR.

San Juan Capistrano, tan célebre en el décimoquinto siglo, y tan benemérito de toda la cristiandad por su eminente virtud y por su gran zelo de la religion, nació en Capistrano, poco distante de la ciudad de Aquila en el Abruzo, provincia del reino de Nápoles. Fué su padre un caballero angevino, que se habia casado en Italia con ocasion de ir en la comitiva del duque de Anjou, coronado por rey de Nápoles en Aviñon. Estudió la gramática y letras humanas en su país, correspondiendo los progresos que hizo en ellas en poco tiempo á los que despues habia de hacer en las facultades mayores. Enviáronle á Perusa para que estudiase en aquella ciudad el derecho canónico y civil. Señalóse en ella tanto por sus cristianas costumbres, por su brillante ingenio y por su celebrada elocuencia, que le dieron una judicatura, cuyo empleo desempeñó con tanta integridad y con tan singu-

lar prudencia, que, enamorado de sus raros talentos, uno de los mas principales ciudadanos le dió por mujer á una hija suya. En todo le mostraba el mundo muy risueño semblante. Brillaba el jóven magistrado no menos por su propio mérito, que por el favor y por el lugar que ocupaba en la mas floreciente fortuna; cuando la divina Providencia, que no le habia dotado de tan bellas prendas para que aumentase el número de los esclavos del mundo, mezcló aquellos primeros gustos con una saludable amargura; paró el curso á aquellas engañosas prosperidades, y en un momento disipó todas las halagüeñas esperanzas de aquella aparente dicha, atajándola en su cuna.

Habiéndose declarado los Perusinos contra Ladislao, rey de Nápoles, tuvieron que sufrir una guerra, cuyos sucesos fueron ventajosos á los mismos ciudadanos. Sospecharon que Juan favorecia el partido de Ladislao, y que tenia inteligencias con el ejército de aquel principe. No fué menester mas para que desconfiasen de él. Arrestáronle, y en vano intentó justificarse, probando que solo habia trabajado en acomodar las partes. Metiéronle en una cárcel, donde esperó inútilmente por mucho tiempo que Ladislao le reclamase, empeñándose en solicitarle la libertad que habia perdido por servirle. El olvido del principe abrió los ojos á nuestro santo para que hiciese serias reflexiones sobre lo poco que se puede fiar en la amistad de los grandes, como tambien sobre la inconstancia y la nada de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, para mayor dicha suya, murió su mujer; y viéndose libre de este lazo, resolvió trabajar en mas sólida fortuna. Apoderáronse entonces de su corazon las máximas y los afectos mas sagrados de la religion; avergonzóse de que su ambicion hubiese errado el objeto; parecióle el mundo lo que es; y sintiendo en si cierto oculto, pero piadoso despecho de haberle servido por

tan largo tiempo en perjuicio de su salvacion, determinó abrazar el estado religioso, consagrarse enteramente á Dios, y no reconocer jamás á otro dueño. Vendió todos sus bienes, compró su libertad pagando su rescate, y pasó de la prision al convento. Habia escogido la órden de san Francisco; y despues de satisfechas sus deudas, y repartido entre los pobres todo el caudal que le sobró, se dirigió al convento del Monte de la estrecha observancia. Fué recibido en él; pero temiendo el guardian que su resolucion fuese efecto del despique mas que de legitima vocacion, se la quiso probar ejercitándole en los actos mas abatidos y mas penosos que se pueden imaginar. Lo primero que le mandó fué que anduviese por todas las calles de Perusa montado en un vil jumento y con un traje ridículo, cubierta la cabeza con una mitra de carton en que estaban escritos algunos pecados; prueba verdaderamente dura para un mozo de treinta años, que se habia presentado siempre en aquella ciudad con tanto esplendor, y que se habia granjeado en ella el concepto universal de hombre juicioso, prudente y de gran capacidad; pero la superó aquella grandeza de corazon y aquella generosidad con Dios, que fueron su carácter en todas las ocasiones. Como no habia dejado el mundo á medias, gozoso de que se le ofreciese aquella ocasion de sufocar el resto de su espíritu, ahogó hasta los mas mínimos movimientos con tan gloriosa como señalada victoria. Despues de ella, nada le costaron ya las demás humillaciones de noviciado, devorándolas todas su oracion y su fervor. Habia comenzado tarde, y quiso Dios adelantarle en el camino de la perfeccion, proporcionándole acciones verdaderamente heróicas. Midió la profundidad de los cimientos por la elevacion del edificio, y le ejercitó el Señor en humillaciones correspondientes á los altos designios á que le tenia destinado su divina Providencia. Dos

veces fué expelido del convento como inútil y como absolutamente incapaz de servir á la religion. No le acobardó esta vergonzosa expulsion; quedóse á la porteria del convento, contentándose con que le diesen las sobras de los pobres. A vista de tan heróica perseverancia se le volvió á admitir; pero con tan duras condiciones, que nunca se creeria tuviese valor para aceptarlas. Añadia él mismo muchas penitencias voluntarias á las rigurosas que le imponian, hasta que su paciencia y su humildad cansaron la dureza con que se le trataba, y dejó avergonzada la excesiva severidad de los que pretendian apurar su invencible sufrimiento. Fué, en fin, admitido á la profesion, disponiéndose para ella con extraordinario fervor, en fuerza del cual pasó tres dias enteros en oracion sin tomar otro alimento.

Desde que profesó, fué toda su vida un continuado ayuno. Una sola vez comia en las veinte y cuatro horas, y por espacio de treinta y seis años no probó cosa de carne. Su cama era el suelo de su celda, y su sueño no pasaba de tres horas. Estaban salpicadas de sangre las paredes de su celda; testimonio de sus excesivos rigores y de la inocente crueldad de sus sangrientas disciplinas. Los siete primeros años anduvo siempre con los piés descalzos, sin choclos ni sandalias. El hábito lleno de remiendos acreditaba su extremada pobreza, que amó continuamente segun el primitivo espíritu de la órden. Por todas estas virtudes se puede fácilmente conocer cuánta era su devocion. Muerto á sí mismo, solo vivia en Cristo y en Cristo crucificado. Abrasado su corazon en el amor de Dios, nunca le perdia de vista. Era su vida una oracion continua, sin que la interrumpiesen las ocupaciones de la caridad. Nunca se le veia de rodillas delante de un crucifijo ~~o sea~~ presencia del Santísimo Sacramento, que no pareciese arrebatado en éxtasis, manifes-

tando las lágrimas que derramaban sus ojos el amoroso fuego en que se derretía su corazón. Al abrasado amor que profesaba á Jesucristo correspondía su tierna devoción á la santísima Virgen. Decía que la divina Providencia le había dado el nombre de *Juan*, para darle á entender que debía aspirar á ser el amado del Hijo, y el hijo de la Madre.

Luego que profesó, fué ordenado de sacerdote, y el sacerdocio fué para él un abundante manantial de gracias extraordinarias con que Dios le favoreció. Habiendo reconocido los superiores su eminente disposición para el púlpito, le emplearon en el ministerio de la predicación. Predicó en las ciudades principales con fruto nunca oído; por lo común interrumpían su sermón los suspiros, los sollozos y las lágrimas de todo el auditorio, siguiéndose después grandes y ruidosas conversiones. Por este tiempo, trabó nuestro santo una estrecha amistad con san Bernardino de Sena, unidos con el mismo espíritu aquellos dos grandes corazones, á quienes llamaban los apóstoles de Italia. Había emprendido san Bernardino la reforma de su orden; empeño que le produjo muchas persecuciones, y nuestro santo tomó el de ser su apologista, no contentándose con el de profesarse gran imitador de sus virtudes. Hizo expresamente un viaje á Roma para defenderle en presencia del papa y de los cardenales contra las calumnias y contra los errores de los que impugnaban la devoción del santo nombre de Jesús: con cuya ocasión se dió á conocer en aquella corte, donde adquirió una reputación y un concepto que perjudicó mucho á sus intentos de pasar la vida en el retiro y en la oscuridad.

Habiase levantado hácia el fin del siglo décimotercio en la Marca de Ancona una perniciosa secta de monjes vagamundos, casi todos apóstatas, con el nombre de *los Fraticelos*, cuyas estragadas costum-

bres y perniciosos errores tenían escandalizada á toda la Iglesia; y habiéndolos condenado el papa Bonifacio VIII, mandó á los inquisidores que procediesen contra ellos como herejes. Juan XXII renovó contra esta secta todas las censuras de sus predecesores; mas ni por él ni por muchos sucesores suyos pudieron ser exterminados aquellos hombres fanáticos, y en tiempo de nuestro santo se reproducía todavía en Italia aquella generación de víboras. Fué nombrado san Juan Capistrano inquisidor contra los bizochos y los frailecillos; siendo tan eficaz y tan dichoso su zelo, que logró libertar á Italia de aquella peste. Prendado el papa Eugenio IV de las abundantes bendiciones que derramaba el cielo en todo lo que ponía la mano nuestro santo, le hizo su nuncio en Sicilia, y le envió al concilio de Florencia para que trabajase en la reunión de los griegos con los latinos. Despachóle á los duques de Bolonia y de Milan para apartarlos de los enemigos de la santa sede y del partido del antipapa Félix V, cuyos protectores se habían declarado aquellos príncipes. Deputóle también al rey de Francia Carlos VII, desempeñando nuestro Juan todas estas comisiones muy á satisfacción del pontífice, y con aquella felicidad que acompaña ordinariamente á las empresas de los santos.

Pero mientras trabajaba tan gloriosamente en el bien universal de toda la Iglesia, no se empleaba con menos fruto en el particular de toda la orden de san Francisco. A su zelo se debió en gran parte la renovación del espíritu primitivo por las prudentes constituciones que se hicieron en un capítulo general á que asistió, y por el cuidado con que procuró que reflorecesse la observancia regular. Sobre todo, ayudó mucho á san Bernardino de Sena para el suceso de la reforma, y fué nombrado para introducirla ó para restablecerla en los conventos que poseía en el Oriente la

religion. Extendiéronse mucho mas allá los frutos de su zelo y de sus trabajos; habiendo sido asociado tambien á san Laurencio Justiniano para visitar las casas de los Jesuitas, que tenian necesidad de alguna reforma.

Conociendo Nicolao V, sucesor del papa Eugenio, el raro mérito y la poderosa virtud de nuestro santo, le hizo comisario apostólico en Alemania, Bohemia, Polonia y Hungría, experimentándose en todas partes el mismo zelo, el mismo fruto y los mismos felices sucesos. Acompañaban á sus apostólicas fatigas todo género de bendiciones. Despoblábanse las ciudades para salir á recibirle, y de ninguna salia sin que todo mudase de semblante. Seglares, comunidades religiosas y clerecía, todos participaban de sus benignas influencias. Convirtió un sinnúmero de herejes, particularmente de husitas; confundió á Roquisana, cabeza de esta secta, y reconcilió con la Iglesia un prodigioso número de cismáticos. Anunciaban su arribo á los pueblos los sermones y las visitas de los hospitales, siendo el fruto las milagrosas conversiones que hacia en todas partes. Estuvo para costarle la vida esta larga y peligrosa expedicion, no solo por los inmensos trabajos que padeció, sino tambien por el veneno que en dos ocasiones le dieron los herejes, de que el cielo le libró con proteccion particular. Dilatóse tambien su zelo en beneficio de los judíos, cuya terquedad no pudo resistir á la caridad de un apóstol tan poderoso en obras como en palabras. En fin, si los Turcos, aquellos mortales enemigos del nombre de cristiano, cerraron obstinadamente los ojos á las luces de la fe que en todas partes esparcia nuestro santo, se vieron por lo menos precisados á rendirse á la eficacia de sus oraciones.

Mahomet II, terror de la Europa y azote divino

para castigar las culpas de los cristianos, amenazaba á toda la cristiandad por la superior fuerza de sus armas. Acababa de aniquilar el imperio de los Griegos, habiéndose apoderado de Constantinopla el año de 1453. Era ya dueño de doce reinos, y habia tomado mas de doscientas ciudades cuando vino á poner sitio á Belgrado el año de 1456 con un poderoso ejército, que, orgulloso y altivo con sus continuadas victorias, nada menos se prometia que la conquista de todo el imperio cristiano, y enarbolar el estandarte otomano en el capitolio de Roma. A un poder tan formidable se creyó no podia oponerse resistencia mas vigorosa que la virtud de san Juan Capistrano; y así le nombró el papa por predicador y caudillo de la Cruzada. El primer fruto de sus sermones fué como un seguro presagio de la futura victoria. Unió todas las fuerzas de Ladislao, rey de Hungría, del bravo Hugnado, vaivoda de Transilvania, y de Jorge, déspota de Rusia. Mahomet, superior en tropas y en orgullo, temia poco á todos aquellos príncipes coligados; pero no conocia aun la poderosa virtud de san Juan Capistrano, á quien el cielo habia puesto al frente del ejército cristiano. Llegaron á las manos los dos ejércitos; y empuñando Juan en las suyas un crucifijo, fué corriendo con él todas las líneas, y animando á los soldados con la memoria de que iban á combatir por Jesucristo, el gran Dios de los ejércitos. Inspiró la presencia de nuestro santo tanta confianza y tanto ardimiento á los cristianos, que desde el primer ataque fué destruido el ejército otomano, herido el mismo Mahomet, y todas sus tropas derrotadas. Fué completa la victoria al fin como milagrosa; y no solo todos los príncipes, sino toda la cristiandad reconoció haberse debido al zelo, á las oraciones y á la virtud de nuestro santo, que, habiendo desempeñado todas las obligaciones de un hombre apostólico, de un siervo verdaderamente

fiel, terminadas gloriosamente las funciones de su ministerio, fué muy luego á triunfar en el cielo, y á recibir en él las eternas recompensas debidas á sus trabajos. Porque, habiéndose retirado al convento de Vilech, cerca de Sirmich en Hungría, murió con la muerte de los justos, tres meses despues de la batalla, el año de 1456, á los setenta y uno de su edad, colmado de virtudes y de merecimientos. Habiéndose librado su santo cuerpo de la barbaridad de los Turcos, no se libertó de la impiedad de los luteranos. Desenterráronle, y le arrojaron en el Danubio; pero dichosamente le volvieron á encontrar los católicos, los cuales le llevaron á Elloc cerca de Viena en Austria, donde se conserva religiosamente el día de hoy, honrado con mucha devoción de los fieles. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con tantos milagros, que se han compuesto libros enteros de ellos. Beatificóle el papa Leon X el año de 1690, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Así dice la cuarta edición del original que se tiene presente, y es la que se hizo en Leon el año de 1741; pero es clara la equivocación. Leon X ascendió al pontificado el año de 1513, y murió en el de 1521. Equivocóse la data de la beatificación con la de la canonización; y así se debe decir: *Beatificóle el papa Leon X, y fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VIII el año de 1690.* »

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Joannis confessoris tui annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut ejus natalitia colimus,

O Dios, que cada año nos alegras en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Juan Capistrano, concédenos benigno

etiam acciones imitemur. Per no que, cuando celebramos su Dominum nostrum... nuevo nacimiento á la gloria, imitemos tambien la vida que hizo en la tierra. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 31 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día VI, pág. 148.

NOTA.

« El texto dice, *Beatus dives*, bienaventurado el rico que se conservó inocente; y el versículo antecedente dice que el oro es el árbol de tropiezo á todos los que le rinden sacrificio: *lignum offensionis est aurum*. Preténdese que el Sabio en este lugar hace alusion al árbol de la ciencia del bien y del mal, que fué para Adán un tronco en que se estrelló; y quiere dar á entender que el oro es para los avarientos lo mismo que fué para Adán y Eva aquel desgraciado árbol. »

REFLEXIONES.

Publicará sus limosnas toda la congregacion de los santos. Puédense entender por la palabra *limosnas*, no solo las que los ricos hacen á los pobres, sino tambien todas sus buenas obras, particularmente los frutos de su zelo; en cuyo sentido puede convenir esta promesa á todos los santos de cualquiera condicion que sean. El verdadero zelo tiene por principio al puro amor de Dios; pero el zelo falso no tiene origen tan puro: prodúcele el amor propio, el orgullo y el espíritu de parcialidad. El falso zelo no es mas que una máscara con que se cubren las pasiones. Grande error es imaginar que el zelo consiste en meter mucho ruido, en dar á los demás admirables lecciones

de virtud y de reforma, en estar en una agitacion, en un movimiento continuo, trabajando en la salvacion de las almas. Es menester que á las palabras acompañen los ejemplos; que la virtud ejemplar del hombre zeloso sea la primera leccion que se dé, y la primera máquina que se mueva para ablandar los corazones. Sin esto, es mucho de temer que lo que se llama zelo sea en realidad no mas que un mero derramamiento hacia fuera, un ímpetu, una actividad natural, que solo atiende á satisfacerse á sí misma en un empleo ruidoso en que quiere sobresalir, porque en él se gana la confianza de muchas gentes de estimacion y lisonjea grandemente al amor propio. Lo que en esto suele engañar tambien mucho, es la elocuencia, el talento y tal vez la mocion con que se habla de los puntos de espíritu mas sublimes, de las materias místicas mas elevadas. Un hombre capaz y de penetracion fácilmente descubre todos los diversos caminos de la perfeccion cristiana, comprende todas sus obligaciones; y por poco instruido que esté en las máximas del Evangelio, le es fácil saber lo que una alma ha de evitar, y lo que debe hacer para arribar á la mas elevada perfeccion. De aquí nace aquella sagacidad con que descubre los mas minimos defectos en los otros: aquel cuidado en no sufrir la mas lijera imperfeccion en las almas que dirige: aquellos consejos espirituales, eficaces, vivos y patéticos, que encienden el corazon de los otros sin calentar el suyo, porque en él no nacen de la voluntad, sino del entendimiento. Grita fuertemente contra el vicio, y desenvuelve maravillosamente todos los artificios del corazon humano. Un hombre hábil penetra toda su malignidad, y se deshace en declamaciones, en invectivas contra el pecado y contra el pecador. Esto es lo que harto comunmente llama zelo. Pero si á este zelo no le anima la caridad; si es una espiritualidad de mera especulacion; si

solo es habilidad y talento; si acaso habla de nosotros el Salvador cuando dice: *Haced lo que ellos os dijeren, pero no hagais conforme á sus obras; porque dicen, y no hacen*: ¿nos podremos lisonjear de nuestro zelo? *Æs sonans, aut cymbalum tinniens*. ¡Cosa bien extraña es, que en materia de salvacion se sepa decir á los otros lo que deben hacer, y el que da á los demás tan bellas y tan importantes lecciones no haga él mismo lo que dice! Un hombre que en todo y por todo anda buscando eternamente sus conveniencias; un hombre que en materia de sensualidad, de delicadeza y de regalo, atormenta el discurso y adelanta la ejecucion hasta el último refinamiento: que este hombre, digo, tenga valor y cara para reprender en otro con zelo y con fogosidad un simple descuidillo del amor propio, una lijera satisfaccion: que el que es esclavo de todas las pasiones tenga aliento para hacer no solo visibles, sino palpables las funestas consecuencias que se siguen de perdonar una sola; esto ¿qué será? ¿cómo lo llamaremos? Si esta no es monería, si esta no es farsa, si esta no es comedia, si esta no es impía, escandalosa irreligion, ¿qué cosa lo será? ¿y en qué ha de venir á parar esta irreligiosa escena? ¡Cuántos llantos, cuántos lamentos habrá de costar su fin?

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia VI, pág. 150.